

## **AL ALBA**

Otra vez. Llevo más de una semana despertándome de madrugada y no consigo volver a dormirme ni aunque me beba un vaso de leche. No me echo la siesta para tener más sueño por la noche, pero que ni con esas.

Veó sombras que me atrapan. Bullicio. Barahúnda interminable. Fantasmas del pasado que vienen hacia mí estrepitosos. Me encojo. Y me entra un temblor por el cuerpo, me empiezan a consumir las pesadillas, me da un tirón ineludible en el pie o en el gemelo y por más que intento no abrir los ojos, como si así pudiera evitar otra noche más en vela, no lo consigo.

Rendido ante la insistencia de mi cerebro por estar activo, decido levantarme. Lo hago de forma sigilosa para no despertar a mi madre ni a mis hermanos. Me estiro como queriendo alargar los huesos. A veces, la incómoda postura que suelo poner mientras duermo, me produce dolor de espalda. Normalmente me salgo fuera y me siento bajo las estrellas. En esta zona, se ven con claridad, pero el acecho de la noche insidiosa me persigue y siento un miedo penetrante abriéndose paso por todos los poros de mi piel.

Intento contar árboles, piedras o cualquier cosa que se vea entre la luz tenue de la luna en los rincones, pero los pensamientos empiezan a aflorar contra mi voluntad. No me gusta pensar tanto, es agotador. ¿Acaso hay que estar todo el día dando vueltas a las ideas como si las estuviéramos batiendo para hacer un bizcocho? ¿Es que es sano este ensimismamiento de mis neuronas, ávidas por mantenerse despiertas? ¡Con lo bien que dormía yo antes! Hasta me tenía que tirar mamá de un pie para sacarme de la cama. En más de una ocasión, he llegado tarde al instituto porque no encontraba la forma de

despegar las pestañas de arriba de las de abajo. Un día incluso me asusté porque creía que alguien me las había pegado con cola.

Hoy he salido a dar una vuelta, hacía mucho frío para estar sentado. Aunque coja una manta, en diciembre hace una rasca que se te mete hasta en la nariz y se queda a vivir ahí un montón de días. La última vez que pasé un par de horas sentado en la hierba, tuve que estar dos semanas sin salir porque un desastre gutural se apoderó de mí y no podía parar de estornudar ni de toser. *“Esto no es una brisa, es un viento polar”* – dijo mi madre una noche cerrada que me encontró tumbado boca arriba.

Hace un par de semanas me daba un poco de miedo salir de casa por la noche, pero ya me he acostumbrado y lo hago con una independencia sobrevenida. Además, que si me pongo a encender luces o a hacer ruido, empiezo a despertar a todos y no me gusta demasiado el carácter que tienen mis hermanos cuando se enfadan.

Como si fuese lo normal, comienzo a caminar desplicente por la zona, sin prestar mucha atención a dónde pongo los pies. Me detengo a observar en la penumbra e imagino qué puede estar haciendo la gente con una luz encendida a estas horas de la madrugada. ¿Tampoco podrán dormir? Oigo conversaciones lejanas, lloriqueos de bebés mangando horas al sueño de sus padres y que nadie se atreve a criticar porque es su forma de decir que es la hora de comer y que no pueden esperar. A veces, me cruzo con algún perro callejero que marcha tranquilo. Intento charlar con él de cualquier cosa, pero me resulta difícil mantener una conversación en la que solo uno pregunta y el otro ladra.

Por lo visto, no soy el único que se desvela. Veo a una mujer saliendo de casa. Inspecciona el cielo y según su predicción atmosférica, basada en la intuición de quien pasa más tiempo fuera de casa que dentro, confía en que no va a llover en las próximas horas y se aventura a dar un paseo atravesando los charcos, flamantes en la oscuridad. Oigo voces a lo lejos. Me asusto. Me escondo hasta asegurarme de que no hay peligro.

Mientras voy avanzando por un camino un poco incierto y desgastado por el uso, algo me empieza a arañar las pupilas, que no enfocan del todo bien por la escasez de luz. Se mueve. Me sobresalto al darme cuenta, porque si fuese un animal salvaje, sí que me daría miedo de verdad.

Pero esta vez mi imaginación me juega una mala pasada y tras oír unos susurros pronunciando mi nombre, mi corazón late de nuevo y el olor de Fátima calma mi ser.

- ¿Qué haces ahí agachada? ¡Menudo susto me has dado! ¡Creía que eras un mono o algo peor! – exageré debido a mis lisergias por falta de sueño.
- No puedo dormir. Cada vez que cierro los ojos, me entran ganas de llorar – dijo Fátima mientras venía hacia mí cabizbaja.
- ¿Estás enferma? – pregunté curioso.
- No. Pero es que no solo se llora por eso – contestó ella afligida.
- Lo sé, yo he llorado muchos días, sé lo que sientes. Echo de menos el instituto, a los profes, a mis amigos, pero pronto los volveremos a ver – la animé.

- No lo sé. A veces pienso que no volveremos. Me da vértigo pensarlo. Salma siempre me contaba que lo que más miedo le daba en el mundo eran los fantasmas que asomaban la cabeza en las noches de luna llena – explicó difusamente. ¡Cómo se nota que no ha estado aquí!
- ¿Pero tú crees en los fantasmas? – pregunté preocupado.
- Un poco, pero no me dan miedo. Están muertos y no pueden hacerme daño– respondió ella avispada.

Fátima es mi vecina de al lado. Hemos jugado un montón de veces juntos, nos hemos prestado cuentos e incluso hemos compartido nuestros mejores amuletos en los momentos en que necesitábamos una racha de buena suerte.

Como ya se me había pasado el susto, le propuse jugar a un juego, pues aún quedaban varias horas hasta que el sol bravo alborease por el horizonte y en algo teníamos que invertir el tiempo.

- Espero que mis padres no se den cuenta de que no estoy – dijo Fátima pensativa.
- Seguro que no. Estarán soñando con nuestro próximo viaje – imaginé yo.

Y comenzamos a jugar al escondite hasta que los primeros rayos del sol del amanecer asomaron tímidos y nos alumbraron la cara inoportunos.

- Estás muy despeinado – me dijo Fátima riendo con su grácil tono de voz.
- Es que ahora el pelo se lleva así, revuelto – acerté a contestar yo devolviéndole la sonrisa.
- ¿No tendríamos que volver ya? Como se despierte mi madre y no me vea...

- Sí. Vámonos. En un rato hacemos como que nos hemos despertado muy pronto y seguimos jugando – propuse mientras empezábamos a correr dirección norte.

Me metí entre la sábana lo más rápido que pude, pero mamá ya había abierto un ojo y lo estaba vislumbrando todo con su radar para detectar movimiento. No me dijo nada, quizá pensó que había salido al baño.

Al cabo de una hora, mis hermanos empezaron a hablar, a discutir, a gritar y se acabó el sueño para todos. Son expertos en incinerar la paciencia de los demás. Me levanté fingiendo que me desperezaba y me quité el pijama. Me puse lo primero que pillé. Tampoco tenía tanto donde elegir, mamá solo cogió dos camisetas cuando salimos de casa.

Me asomé a la puerta por si Fátima ya había salido, pero no la vi. Un vecino nos trajo pan para tostadas y me comí tres. Me quedé un poco preocupado por el comentario de Fátima sobre mi pelo, así que me miré inseguro en el espejo y lo intenté arreglar como pude. Nunca se me ha dado bien peinarme y la verdad es que me da igual si los pelos están más o menos rechivados o si el flequillo me tapa o no los ojos, el caso es que están ahí y me protegen de la lluvia cuando la tormenta me pilla al raso.

Después de ayudar a mi madre a fregar los platos del desayuno, salí a buscar a Fátima. No la encontré. ¿Se habrían ido a dar un paseo mañanero? Vaya forma de escamotearse...

Como no volvía, jugué con mis hermanos, que al menos, mientras juegan, están entretenidos y no pelean. Jugamos al ajedrez, pero tuvimos que parar el juego cuando mi hermano Osama y mi hermana Yosra empezaron a disputar

ahora por el movimiento del caballo. Que si se mueve en diagonal, que si se mueve para delante... Y por más que intenté explicarles cómo se movía realmente, no me hacían ni caso y decidí retirarme a tiempo antes de que la tomaran conmigo también.

Mi madre estaba bastante seria. Me dijo que me tenía que contar algo y que prometiese no enfadarme. Su cara insípida no auguraba buenas noticias.

Fátima y su familia se habían ido. Tal cual. Mi expresión demudó al momento. ¡Esto sí que era inasumible!

Me quedé paralizado. No me lo podía creer. ¿Otra vez? ¿Otra amiga que se marcha? Lloré por dentro y viví uno de los momentos más duros que solemos vivir los refugiados: las pérdidas. Esto sí me da pánico y no los fantasmas. El mismo que siento con el ruido de las armas pisándome los talones. O con la estampida de bombas cuando llegan sin avisar.

De repente, sin querer, mi mente voló a Siria. Recordé los gritos de mi abuela desde la cocina y el sonido de la muerte llamando a la puerta. Recordé mi casa bajo los escombros y sentí pavor. Recordé el dolor de la huida repentina. Y el miedo a la soledad. Tengo once años, pero es el miedo más grande que he sentido nunca.

Mi madre, que entiende perfectamente qué se siente al separarse de un ser querido, me cogió suavemente la cabeza y apaciguando mi dolor, me dio un abrazo dadivoso de los que hacen que te olvides por unos instantes de todo lo que está sucediendo más allá de las caricias que te acaecen. Y por un instante, me sentí afortunado, porque al menos, aquí en Líbano, el terror no está tan presente.

Sentí alivio por tenerla a ella y a los pesados de mis hermanos a mi lado (aunque sea en un campamento en mitad de la nada), por haber conseguido escapar y seguir vivo. Y durante el tiempo que duró el abrazo, imaginé el día en el que dejase de ser refugiado y volviera a ver a mi padre y a Fátima: en mi tierra, fuera de esta guerra dilatada, sin la incuria de la humanidad y sin tienda de campaña, que aunque mamá diga que dormir en el suelo es bueno para crecer, a mí me duelen ya todos los huesos de la espalda.

Seudónimo: Caracola